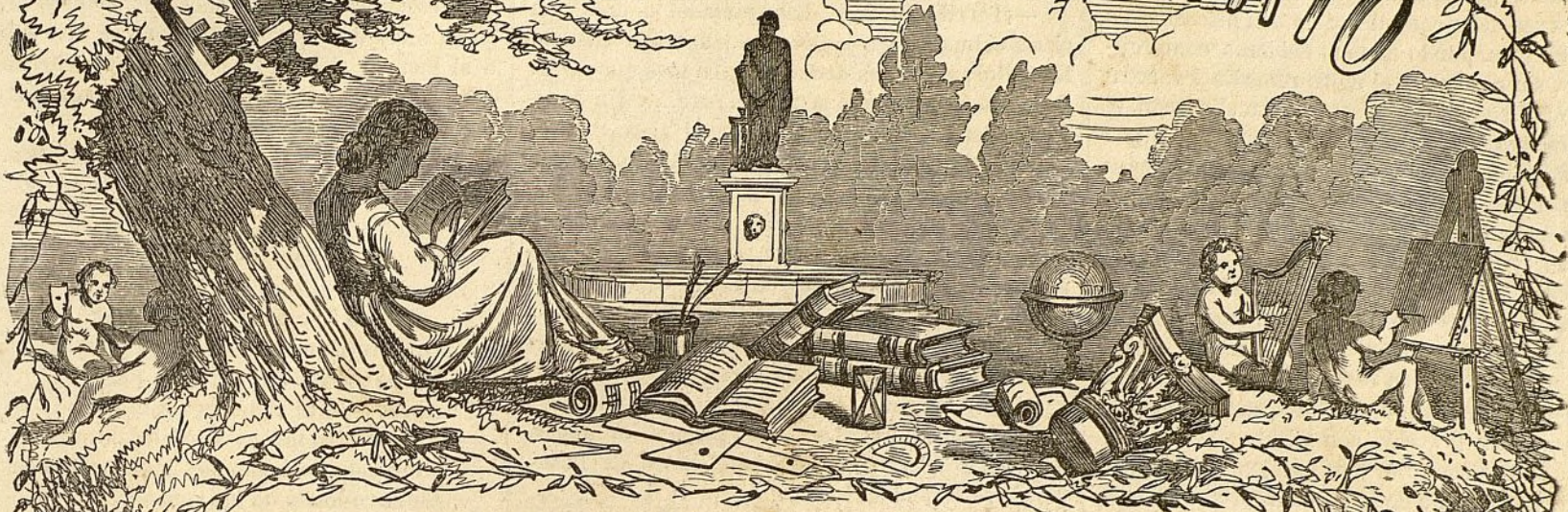


EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

13 Mayo 1866.

NÚM. 49.

PRECIOS DE SUSCRICION.
EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.
—18 trimestre.—34 seis meses.—66 año.
EN PROVINCIAS
SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.
Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.
—ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-
RICO. 6 pesos año.
—AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.
POR COMISIONADO.
Tres meses, 28 rs.—Seis, 6.—Un año, 84.
—ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-
RICO. 7 pesos.
—AMÉRICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.
VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º
HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y administradores de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 reales uno.

SUMARIO.

El Reloj, por Vicente Greus.—El Torrente, poesia, por Teodoro

Llorente.—Enriqueta, por Antonio Vinajeras.—Un día en Se-
gorbe, por Domingo Andrés y Sinisterra.—El abate Listz.—
La galeria de los Medicis, en el Louvre.—El renacimiento lite-
rario (continuacion), por C. R. de Arellano.—A una rosa mar-

chita (Madrigal), por Constantino Gil.—La Granja del Amor
(continuacion), por Pedro Moreno Villena.—Anuncio.
Grabados. El abate Listz.—Desembarco de la reina de
Francia en el puerto de Marsella. (Cuadro de Rubens.)

EL RELOJ.

Que la materia es inerte, pasa como un axioma en buena filosofía.

Segun este principio, aunque las flores abran su cáliz, las olas del Océano batan las playas, ó corra veloz el huracan, la materia es inerte.

Por mas que se afane el humo del vapor en salvar rápidamente las distancias, y la aguja magnética rueda presurosa á buscar su polo, y el rayo serpenté en el espacio, la materia es inerte.

Escuela hay, sin embargo, capaz de afirmar que un cadáver tiene movimiento propio al descender por la accion de la gravedad.

Sin declarar en esta lucha las simpatías que nos arrastran á determinadas huestes, preciso es confesar que hay ciertas evoluciones en el mundo material que alucinan á primera vista. La fantasía de los antiguos no pudo explicarlas por medios naturales, y pobló el mundo de espíritus. De ahí las ninfas y las nereidas, las ondinas y las hadas, los tritones y las driadas.

Aun el físico mas descreído del siglo XIX, al zumbiar el trueno en una horrorosa tempestad, creará escuchar un eco parecido al que oyeron los israelitas cuando el Siná se les presentó cubierto de negras y preñadas nubes.

Es que el alma humana necesita vislumbrar en cada fenómeno algo que se le parezca; porque todos ellos le hablan un lenguaje misterioso, y ella es tan orgullosa ó tan sublime, que no se aviene á rebajarse dialogando con la materia.

Por eso hasta en las negaciones, en el silencio y en la oscuridad habla con génius tanto mas ele-

vados, cuanto mas concentrada se encuentra, y entonces, si el éxtasis la arroba, le habla directamente Dios.

Todas estas ideas hilvanaba anoche mi cerebro, al escuchar las lentas pulsaciones de un reloj. Parecia que no me hallaba solo en mi habitacion; tenia á mi lado un eterno hablador que me repetía á cada instante:

—¡Ha pasado un segundo mas!.... ¿A qué vienen todas esas elucubraciones?... ¿El mundo ó tú ganais algo con ellas?... Un cuarto de hora.... Media hora.... ¡Las doce!.... ¿Qué cuenta has de dar del tiempo que has perdido?

Confieso ingenuamente que hice un movimiento para levantarme de mi silla, y pisotear al osado impertinente que así me interrogaba; pero los relojes de las casas contiguas, viendo sin duda en peligro á su vecino, tomaron la ofensiva, y empezaron á dar tambien las doce, como diciendo:

—Mira lo que haces; aunque destruyas á nuestro fiel compañero, no podrás matarnos á todos, que te repetiremos las mismas ideas á cada momento.

Y los martillos chocaban sobre los metálicos timbres, mas ó menos lejanos.

No sé cómo hubiera parado aquella escena, si la gran campana de la Catedral, que se posa orgullosa y grave sobre la altiva torre, no hubiera dado, con esa lentitud que imprime á sus acciones el rey de las selvas, doce sonoras campanadas, envueltas con la siguiente amenaza:

—Yo tambien te digo lo que mis súbditos: á ver si á mí te atreves, ¡miserable!

La verdad; entonces comprendí mi impotencia

contra aquella lógia mazónica, y el pavor y el desaliento cundió en mi ánimo.

No habia mas remedio que sufrir con resignacion tantos insultos, ó enarbolando la bandera revolucionaria, agitarla con el lema de ¡Abajo los relojes!

Una risa débil, compasada y aguda, interrumpió mis acalorados pensamientos.

El reloj de bolsillo, que tenia sobre la mesa, tambien se conjuraba contra mí.

Cogí al rapaz con mi izquierda, y él hubiera sido la víctima espiatoria de todos aquellos ataques *cronométricos*, si con una calma digna de Temistocles, no pronunciara la siguiente frase:

—Dá; pero escucha.

El plágio, como otros muchos, hizo su efecto, quise parecerme en algo á Euríades, y dejé al émulo del vencedor de Salamina sobre el escritorio, donde mis codos se hallaban apoyados.

—Vamos á cuentas, me dijo; en grave error andas, si crees que destruyéndonos á todos conseguirias tu objeto. La aurora, las estrellas, el sol, te dirian lo mismo que nosotros; y.... ¿qué podrías tú contra mi padre el sol?

—Orgullosillo te muestras con tu ascendencia, le repliqué; pero, en fin, con menos razon lo están otros. En cuanto á la ineficacia de provocar una San Bartelemy contra toda vuestra raza, no me conformo. La humanidad es mas desdichada que feliz; esto es una verdad como un templo; pues ¿á qué viene todo el santo día, indicarle los minutos que se ha fastidiado y le restan á fastidiarse? Has pretendido escudarte enumerando otros objetos que harian parecido oficio á vos-

otros; pero, aunque así sea, entre lo amargo nos dan algo dulce; porque al fin y al cabo, la aurora nos alegra, el sol nos vivifica, las estrellas nos poetizan.

—Admito que la humanidad se fastidia, repuso (lo cual creo debe concederse en una discusion de buena fé); mas por lo mismo debieras comprender que, sin nosotros, el único remedio á vuestro mal seria el suicidio. Figúrate un hombre con el breton *espleen*, que al volar el tiempo ignora que vuela; suprímeme las horas, y por consiguiente los dias; mas claro, á semejanza de Josué, párale el sol. Su vida entonces seria un simulacro de la eternidad; y ¿quién podría resistir en el mundo el fastidio de una eternidad, aun en simulacro?

Verdad es que ahora te impacientas algunas veces, porque los minutos no corren tan aprisa como quisieras; pero en cambio tienes el consuelo y no flojo, al dar las doce de la noche, de decirle al dia que pasa: ¡Vaya V. con Dios!

Cada año se compran mas relojes; tal vez por el progresivo fastidio de la humanidad al que nosotros servimos de lenitivo.

Consecuencia: la cantidad de dicha social se halla en razon inversa al número de relojes en uso.

De modo que el dia en que todos lleven reloj, podremos asegurar, sin temor de equivocarnos, que no habrá un hombre dichoso en la haz de la tierra.

—¡Cuánta contradiccion! exclamé, procurando enredar la lógica de aquel enano hablador. Si la felicidad está en razon inversa al número de vosotros, suprimiros....

—Confundes lastimosamente los efectos con las causas, eso valdria tanto como suprimir las medicinas, con el objeto de que no hubiera enfermedades.

—Muchas veces le repliqué, batiéndome en retirada; el remedio aplicado sin necesidad es causa de la dolencia. Cuando veo á un niño lucir una cadena de oro en su chaleco, me lastima. ¡Obligarle á medir el tiempo en la época de su felicidad! Me hace el efecto de un individuo que, sin estar cojo, le obligaran desde pequeño á llevar muleta; por fin, se convenceria que lo mas natural y cómodo era andar cojeando.

—Alguna verdad tienen tus palabras; pero en ese caso la culpa no es nuestra, si no del mal uso que de nosotros haceis. ¿Quién os manda poner muletas á los sanos? ¿Quién relojes á los niños?

Al verme acorralado por las razones de aquel liliputiense, picóse de tal modo mi amor propio, que abandoné la fria argumentacion por el vehemente patético; ó, como diria algun moderno Demóstenes, procurando lucir su arqueológica erudicion, desembracé mi escudo, arrojé mi espada á la arena, y empuñé con ambas manos la terrible clava.

—Ven, le dije; entra en la capilla del reo condenado á muerte. Es la mañana de su último dia; su corazon late con todo el vigor de una robusta juventud, y sin embargo, quédale una hora de existencia; el vecino reloj da pausadamente las once.... ¿Has visto algun puñal asesino que hiera once veces tan amargamente como aquellas once campanadas? Y no obstante, el péndulo es inexorable; en cada oscilacion roba un segundo de aquella hora, haciendo que la esperanza de la vida se aleje un paso mas.

La saeta minutaria va rodando por su esfera; para que den las doce es preciso que alcance á la horaria.... Tal vez no lo consiga.... pero en cinco minutos salva el espacio que su hermana en sesenta.... ¡Corre demasiado! Por fin, las dos, con sus inflexibles puntas, van á indicar el cielo á un

mismo tiempo.... Deteneos, no os junteis.... vuestro infame consorcio solo produciria una víctima.... ¡Las doce!.... ¡Si estuviera sordo el ejecutor!.... ¡Ah!.... ¡el torniquete del patibulo se mueve!.... ¡El reloj ha hecho de verdugo!

—¡Terrible trance has pintado! díjome con cierta calma; pero equivocaste una apreciacion. Ese reloj, al dar las doce, no hizo mas que decir: Guárdese y cumpla la sentencia, etc.... Un hombre la ejecutó. Por consiguiente, al ejercer todos nosotros las funciones que has indicado, no somos verdugos, sino jueces de primera instancia.

¡Qué ingrata es la sociedad para con los funcionarios públicos! exclamó, y á seguida empezó á desenvolver teorías acerca de la espacion del crimen, de la vindicta ó venganza pública, y de las grandes cualidades que recomendaban la pena de muerte, añadiendo que, si bien esta pena carecia de la cualidad de *reparable*, en cambio era eminentemente *supresora de la potestad de dañar*. Y despues de remontarse á otro orden de ideas, concluyó diciendo:

—¡Ah! ¡vosotros ignorais los grandes servicios que hemos prestado á la causa de la civilizacion! ¿Sabes cuándo desistió Carlos I de su despótica idea de despotismo y dominacion universal, que tanta sangre costó á la Europa?

Yo, cogiendo un libro de historia que tenia á mano, le indiqué el tratado de Pasau.

—¡Error! En el retiro de Yuste aun bullia en su mente esa idea asoladora. Entonces recordarás que reunió una porcion de relojes, y quiso arreglarlos de modo que todos marcasen la misma hora y la tocasen al unison.... ¡Fueron vanos sus esfuerzos!

—Si no puedo sujetar á mi capricho estos miserables artefactos, reflexionó, ¿cómo he de avasallar la voluntad y la razon de tantos pueblos y naciones? Y en su despecho, al pisotear aquellas máquinas, pisoteaba su favorita idea de despotismo y dominacion universal. ¡Ay de vosotros entonces, si nosotros no hubiéramos preferido el martirio! ¿Quién sabe á dónde os hubiera conducido la ambicion de aquel César!

Al oir la palabra ambicion, mis ideas tomaron cierto rumbo lacrimoso-moral, y con tono agremiado, empecé á decir:

—¡Influjo y grande ejercéis sin duda en los destinos de la humanidad! Al ver en esas colmenas de civilizacion, llamadas ciudades, apresurar los hombres su paso; cruzar rápidamente los carruajes en distintas direcciones, pareceme contemplar el interior de un organillo donde se mueven y agitan un sinnúmero de figuras. El manubrio que imprime aquel movimiento, sois vosotros; porque antes de correr todos aquellos individuos, han mirado su reloj y han pronunciado la frase sacramental: *Me falta tiempo*.

Bien hayas, ¡oh manubrio! si el saboyano que te hace dar vueltas, es la idea del trabajo, acompañada de la caridad, que no escluye el amor de sí mismo.

¡Mal hayas! si te mueve esa idea en maridaje infame con el egoismo y el descreimiento.

Lo primero hará brotar de la caja gratas y dulces armonías que purifiquen el corazon y perfeccionen el alma.

Lo segundo.... nos tocará algun galop, á cuyo son las parejas de este baile social, despues de correr y girar en confusion diabólica, se tenderán exánimes y embriagadas, en medio del carnavalesco sarao, alumbrado fastuosamente; pero con luces artificiales, que un rayo de sol avergüenza y un soplo de viento apaga.

El mal nunca produce....

En este momento observé que mi reloj no an-

daba. Sin duda se habia dormido al arrullo de mis palabras.

Yo temiendo le suceda otro tanto al que por casualidad pase la vista por estos renglones, hago aquí punto.

Deseando antes que todos mis lectores lleguen tarde á esa decrepita edad en que se vive *á horas*, ó al menos, si en ella desgraciadamente se encuentran, puedan decir como yo al concluir este artículo: *Estoy como un reloj*.

VICENTE GREUS.

EL TORRENTE.

Indócil hijo de la adusta sierra
Que hirviendo en espumante remolino
En las duras entrañas de la tierra
Abres á tu raudal negro camino;

Entre los muros de cortadas rocas
Do escabaste á mis pies inmensa tumba
En cuyo fondo de tus aguas locas
Como trueno interior la voz retumba,

Cuando en tu propio daño embravecido
A tus lóbregas olas das tormento,
¿Qué dice amenazante tu rugido?
¿Qué dice quejumbroso tu lamento?

¿Perdida lloras la risueña fuente
Cuyo limpio cristal qué terso brilla,
Refleja el firmamento trasparente
Y las silvestres flores de la orilla?

¿De tumbo en tumbo á tu pesar cayendo,
Con el poder que te arrebató luchas,
Y tu fragor contesta al sordo estruendo
Del mar lejano que rabioso escuchas?

¿O despeñado de encumbrada cima
A la venganza corres iracundo
Y es el rencor el alma que te anima,
Y fiero anhelas devastar el mundo?

Quizás en las vorágines sonoras
Do fragoroso tu raudal se esconde,
La dura ley que te conduce ignoras,
Y ciego marchas sin saber adonde;

¡Y esa voz de la hirviente catarata,
Que en el alma despierta eco infinito,
Es, y por ello al corazon tan grata,
De angustia eterna desgarrado grito!

Cuando en pos de soñadas fantasías
La selva cruzo meditando á solas
A tus lejanas márgenes sombrías,
Llámanme los gemidos de tus olas.

¡Oh, cuantas veces del cortado muro
En la orilla de adelfas coronada,
Al voraz fondo de tu cauce oscuro
Descendió estremecida mi mirada!

Y loco asiendo con crispada mano
Entre las rocas áridas raíces,
Bajé, sediento de su oculto arcano,
Para escuchar mejor lo que me dices!

¿Cuántas veces el vértigo en mi frente
Batió las alas pavoroso, y ciego
Soñé rodar en tu fatal pendiente
Velo girando en círculos de fuego!

Es que mi pobre corazon sin calma
Oye en tu voz un eco de sí mismo;
Es que su oscuro fondo mira el alma
Cuando contempla tu espantable abismo;

Es que así como escondes el profundo
Hervir de tu raudal en hondo lecho,
Yo tambien, ocultándosela al mundo,
Llevo la tempestad dentro del pecho.

¡Oh torrentes sin diques! ¡oh alma mia!
Rodad eternamente, y turbulentos
Arrastrad en frenética porfía
Negras olas y tristes pensamientos!

TEODORO LLORENTE.

ENRIQUETA.

¿No conocéis á Enriqueta, hermosas lectoras? Yo voy á intentar describiros uno de los tipos mas perfectos que han visto mis ojos.

Pero antes permitidme una digresion.

Yo amo con delirio las mujeres.

El hombre me fastidia: el hombre me es insoportable.

Sus conversaciones llevan siempre el sello de la pedanteria: empiezan con un saludo, y concluyen con las potencias beligerantes ó con la historia de las revoluciones. Y por resumen, una disputa.

El hombre es un animal bizarro ha dicho Byron.

Nada dulcifica, nunca consuela: es áspero, brusco, medio-salvaje como sin duda quiso decir al gran poeta inglés.

La mujer consuela, dulcifica, rinde el carácter mas adusto, con su voz, su belleza, su *manera*.

El hombre es el árbol; ella, la flor.

Y á veces he pensado, que si yo tuviera las omnímodas facultades del Eterno, podria hacer mundos, formar diamantes, torrentes, perlas, panoramas bellísimos, mar azul y estrellas de oro.

Todo en fin, pero no podria formar la mujer.

Porque la mujer fue una inspiracion feliz del Altísimo.

No todo es bueno en la naturaleza.

Hay mil imperfecciones en la grande obra que llamamos el mundo.

Volvamos á Enriqueta.

Figuraos una mujer de veintidos á veintitres años, alta, de aire lleno de gallardía y dignidad, blanca como las alas de los ángeles, y en su conjunto, vaporosa como la fantasía de los grandes poetas.

Cabeza griega, frente elevada, indicio de un alma que domina las cosas, como el águila domina las montañas; cabellos rubios como los de la desventurada mujer de Luis XVI, óvalo de Niobe, ojos grandes, y azules como un pedazo de cielo, nariz fina, labios provocativos y que al separarse dejan ver una dentadura, que por sí es un modelo, ancha y redonda espalda, seno eminente, cintura breve y pie tan breve como la voluntad de un niño.

Y si á esto agregais, unos modales aristocráticos, un brazo precioso, una mano que afrenta la mano mejor concebida por el primero de los escultores, una voz sonora, suave é insinuante, y una educacion inglesa, ¿qué pedís, vosotros los que vivís descontentos en el mundo? ¿Imagínais algo comparable á la mujer? ¿Qué son al lado de semejante *obra maestra de la naturaleza*, como dice Otelo, las bellezas del arte, el poema de Milton y *La Africana* del rival de Rossini?

Yo acababa de presenciar una tormenta desde lo mas alto de la Giralda.

Habia visto serpear el rayo, habia oido el eco profundo del trueno, y la vibracion de las campanas que á mis pies parecían los cráneos enormes de unos gigantes: el viento azotaba con furia los mil adornos de esta maravilla de la arquitectura árabe, y parecían gemir á un tiempo la naturaleza y el arte, el cuadro era inmenso pero indescribible.

Llegó la noche, las estrellas tachonaron la bóveda del cielo, y el teatro de San Fernando abrió sus puertas.

Yo soy gran admirador de Sevilla: mi opinion es que la vida es una gran farsa excepto la mujer, todo en ella no vale la pena de estar nueve meses en prision.

Porque la mujer puede ser una madre honrada é inspirar altas virtudes.

O una buena esposa.

O una hermana ejemplar.

O una religiosa que cubra de esperanza el alma.

O una hija de familia, encanto y delicia de su casa.

Sevilla es un pedestal sublime de un grupo de mujeres y de flores.

El aire es perfumado, el cielo bellísimo, la vegetacion soberbia, las costumbres semi-orientales, y su historia popular, una leyenda de Zorrilla.

Impresionada mi imaginacion con el imponente cuadro de oscuridad y rayos que presenciara desde la Giralda, fuí al teatro, y me pareció una concha de nácar ocupada por ninfas.

Cantaba, si no yerra mi memoria, la célebre Penco.

Hubo aplausos y flores.

—Mira: me dijo un amigo, en uno de los entre actos, y señaló un palco.

Entre el que ocupábamos y este, habria una distancia de quince metros.

Negad la simpatía vosotros los demoledores del alma.

A través de esta distancia, mi corazón palpitó con fuerza estraña, no ví en el teatro mas que un punto luminoso, y sentí que á mi alma la atraían, que el alma pugnaba por abandonarme, y confundirse con otra.

Estaba viendo á Enriqueta.

Una circunstancia terrible me arrebató de Sevilla.

Nunca dirigí la palabra á aquella mujer: siempre la miré á gran distancia: la ví luego cuatro ó seis veces; despues han trascurrido dos años.

Explicadme ahora, señores filósofos, por qué seria yo capaz de hacer el retrato del carácter de Enriqueta, penetrar en su alma y desenvolver instinto por instinto, todas las facultades de su espíritu.

Explicadme tambien la tenacidad de mi recuerdo, la impresion profunda que me dominó y aun domina.

¿Y qué triste es una pasión ideal, cuando ni aun es sospechada!

La naturaleza tiene instintos perversos, siembra en el alma una semilla y luego corta los tallos de las flores: pero los corta sin piedad.

¿Qué felices serian las almas, si la naturaleza no envidiara todo lo que es altamente espontáneo.

Algunos historiadores han dicho que Colon descubrió la América porque se enamoró de una mujer.

Martinez de la Rosa leyó en Francia un lindo artículo sobre ese mismo asunto.

Si yo fuera marino, al saber que Dios ó los hombres se oponían á tener yo por descanso de mis ojos, las pupilas resplandecientes de Enriqueta, me lanzaria en una nave, buscando aquellos divinos ojos que hicieron palpar mi corazón. Y de seguro que hallaria, sino una América, un país precioso: porque Dios protege los grandes movimientos del alma.

Realmente no hay mas que un amor, el que nace de una impresion casual, pero incontrastable.

No hay mas, por otra parte, que una desgracia, plomo arrojado en el alma, y que llega al fondo!

Que Dios os libre hermosas lectoras de una impresion como la que involuntariamente motivó Enriqueta, y Dios os libre de que el hombre que

ameis, ignore vuestra pasión silenciosa, pero grande.

Esa es la desgracia que las domina todas.

ANTONIO VINAJERAS.

UN DIA EN SEGORBE.

Si todas las vías de nuestra nación fueran como la carretera, que, empalmando en los campos de Sagunto con la de Barcelona, nos conduce á una de las ciudades mas importantes de la vecina provincia de Castellon de la Plana, ciertamente que la frase extranjera *«camino compuesto á la española»* no hubiera hecho tanta fortuna para designar el que es malo ó intransitable. El estado de conservación de aquel trecho es tal, que apenas se nota la brusca transición de la locomotora á la diligencia, que se toma en la estación de Murviedro, para continuar directamente, despues de algun retroceso, el viaje á Teruel y su provincia.

Trocado sin sentimiento el agudo silvido del vapor por el monótono y campanillesco del coche, empecé á recorrer con admiración siempre creciente, y á través de una atmósfera embalsamada por los aromas del tomillo y espliego, mezclados con el suave y agradable azahar, las hermosas y fértiles huertas de las villas y pueblos de Gilet, Estivella, Torres-Torres y venta de Santa Lucía, á todos los cuales atraviesa el camino. A la derecha de mi vista iban desfilando los de Petrés, Albalat de Segart, Algimia, Alfara de Algimia, Algar, Sot de Ferrer y Soneja, entre sábanas de nueva y esplendente verdura, y realizado su caserio por caprichosos calvarios, cúpulas, iglesias, campanarios, huertas en forma de anfiteatro, y algunas torres y castillos feudales, cuyos pormenores en vano se esforzaba mi curiosidad por distinguir.

Desorientada ya esta, y cuando internado en la parte fragosa de la provincia de Castellon de la Plana, no esperaba encontrar otro mas que la continuación de sus dilatadas é imponentes sierras y cordilleras de montes, descubrí, con grande y plácida sorpresa, un vasto y delicioso valle, donde se halla nueva y mas frondosa campiña, que semeja la colección de todas las ricas y anteriores huertas, ofreciendo á un lado cual avanzados centinelas los pueblos de Geldo y Castelnovo, y al izquierdo á Altura, como la señal mas distante de su límite. En su centro se eleva un largo cerro ó colina coronada por un castillo, en cuya obra se distinguen fragones de argamasa romana; y á la falda desplégase íntegra y completa ante el viajero que se aproxima, la célebre *Segobriga*, bellamente bañado su cimiento por la derecha del río Palancia, cabeza y principio en tiempos muy remotos de la antiquísima Celtiberia, (1) y hoy ciudad obispal, sufragánea del arzobispado de Valencia, cabeza del partido de su nombre, perteneciente al territorio de la audiencia de aquella capital, y una de las poblaciones mas ricas de la provincia de Castellon de la Plana.

Esta variedad ó colisión de jurisdicciones eclesiástica y judicial con la administrativa, en una ciudad separada de Valencia por una distancia, que se salva ahora muy cómodamente en pocas horas, repugna en la época que alcanzamos. La acción del poder judicial y eclesiástico sin debilitarse ni perder su unidad, se extiende desde Valencia á Segorbe, ¿por qué no podria ejercerse igualmente la del poder administrativo con economías en nuestro abrumado presupuesto, y ventajas de sus

(1) Plinio menciona á los segobrigenses entre los pueblos ascritos al convento jurídico de Cartagena, espresando esta circunstancia: *Caputque Celtiberiae Segobrigensis*.

moradores, quienes para gestionar los negocios en que se interesa la existencia de su vida, bienes y honra, tienen que dirigirse á una capitalidad, y para los mas perentorios del orden público, conservación y fomento de su riqueza, deben hacerlo á otra distinta, y situada á distancia que cuesta mas tiempo en recorrerse?

No bien habian tomado ordenada forma en mi imaginación estas reflexiones, empezó el coche á detener su acelerada marcha para entrar en la población que las motivaba, penetrando á poco en ella sin dilación alguna, ni sufrir degradantes y vejatorios registros, porque careciendo la ciudad de muros y puertas, no hay en estas las aduanas de otras, con la multitud de sus pasivos dependientes.

Apeado de la diligencia á las ocho y media de la mañana, cuatro horas despues de haber salido de Valencia, en la bella plaza del Mercado que alrededor de su fuente proporciona en venta por la mañana y tarde variados y abundantes comestibles de todas clases, me dirigí á casa de mi particular y apreciable amigo D. Francisco Gonzalez Subirats, ilustrado abogado del partido, á cuya aten-

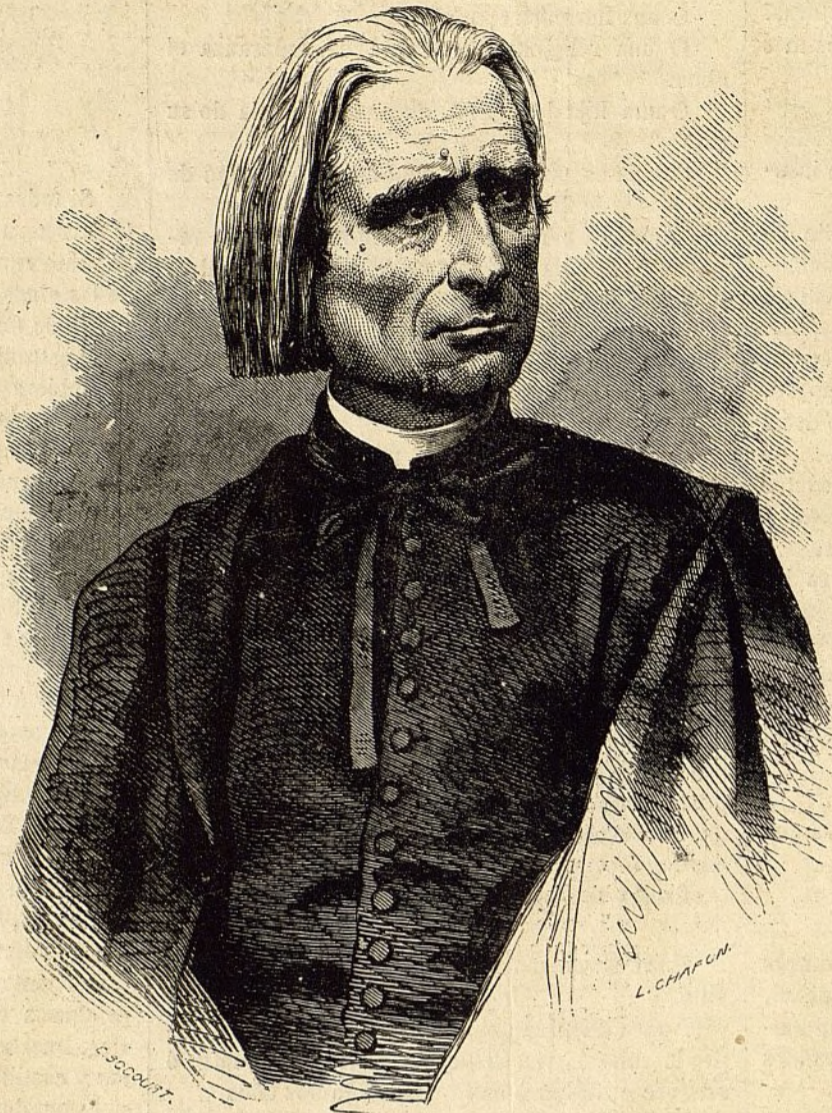
ción debo el haber visitado en las pocas horas de mi estancia, los puntos mas pintorescos y edificios mas notables de aquella población, que por ello solo puedo é intento ligeramente describir.

Si las once plazas y numeroso séquito de calles y callizos que cuenta, fuesen todas del gusto, hermosura, espacio y comodidad de las del Mercado, Olmo y del Loreto, indudablemente escedería en grandiosidad á la capital de la provincia á que pertenece, puesto que esta carece de sus buenos edificios públicos.

Discurriendo por la céntrica calle y plaza del Mercado, en la que está el testero de la Catedral, inútilmente buscaba sus vestigios exteriores, porque no tiene puerta, ni fachada á su pie. Solo al lado izquierdo se echa de ver la sencilla decoración de cuatro columnas de orden toscano, embebidas en la pared, en cuyo centro se abren dos puertas, que las sirve de dintel la cornisa que aquellas, sostienen. La forma interior de la iglesia no es la cruz latina, ni la griega; ni tiene claustro de lados bajos; su planta es un ancho y prolongado rectángulo, base de una nave sin cúpula. El altar mayor

de un cuerpo y nicho enrasados en la pared forma un grande arco con bellas archivoltas é impostas que se apoyan sobre dos columnas de orden corintio, todo de jaspe, dedicado al misterio de la Eucaristia.

En el cascaron de la bóveda que recae al presbiterio, se ve pintada al fresco la coronación de la Virgen en el cielo por la Trinidad, con multitud de santos y ángeles que la contemplan, obra del célebre pintor Camaron, hijo de Segorbe, que por ser género muy difícil, y al que se había dedicado poco este artista, no corresponde al correcto dibujo y buen colorido de sus cuadros al óleo. Las columnas de los demás altares son tambien de jaspe y corintias, á cuyo orden pertenecen las pilastras de las paredes laterales de la iglesia. Al pie de esta se halla el coro aislado ó cerrado por un alto enverjado de hierro, y en el respaldo de nogal de cada una de las sillas arrimadas á la pared, hay un santo de alto relieve de buena escultura. La puerta lateral de la derecha da salida á un claustro gótico de piedra, que suple la falta de lados claustrales en la iglesia, con hondas capillas. En su centro elevase una fuente de varios naranjos, cuya sombra y el continuo murmullo de las aguas dan á sus corredores grave y melancólico aspecto. Por una puerta dorada y ojiva se entra á la capilla de la comunión, de bóveda gótica, sostenida por arcos ó nervios que estriban en la figura de su planta. En ella administran los Sacramentos el canónigo penitenciario y dos vicarios encargados de la cura de almas de la única parroquia que existe en la ciudad. Por otra puerta y capilla del mismo claustro se pasa á la sala capitular, en cuyas paredes están todos los retratos de los obispos de aquella antigua diócesis, entre los cuales hay muy buenas pinturas, distinguiéndose á



El abate Listz.

Prócuro que suscribió el célebre concilio toledano III; al erudito y distinguido crítico Perez, descubridor de los falsos cronicones; á D. Alonso Cano y otros, terminando por el de nuestro simpático y virtuoso paisano Sr. Dr. D. Joaquin Hernandez, actual obispo, pues en Segorbe colocan allí cada retrato el día de la toma de posesion del nuevo prelado, y no despues de su muerte, segun costumbre menos ofensiva á la modestia, se hace en Valencia.

(21 Abril de 1866).

DOMINGO ANDRÉS Y SINISTERA.

(Se concluirá).

EL ABATE LISTZ.

El célebre pianista Listz, cuyo retrato publicamos en este número, tomado de una fotografía, se hizo sacerdote hace pocos años en Roma. Protegido por el Papa, ha renunciado á los triunfos y á la gloria, y solo toca al piano trozos escogidos de música clásica para distraer las melancolías de Su Santidad, que escucha con placer los sonidos que arrancan al instrumento los dedos del eminente artista.

Hace poco se ha estrenado en Paris una misa del abate Listz, que es una apreciable obra de este, segun los inteligentes.

LA GALERIA DE LOS MÉDICIS

EN EL LOUVRE.

Rubens, en toda la plenitud de su gloria y de su talento, fue llamado á Paris para reproducir las fiestas del casamiento de Enrique IV con María de

Médicis. El ilustre pintor empleó veintidos días y medio en componer y ejecutar cada una de aquellas obras maestras; lo que bastaría para hacer el elogio de su facilidad y de su génio.

Los cuadros de la galería de los Médicis han sido restaurados hace poco, limpiándolos sencillamente, y haciendo renacer de esta manera los frescos colores de Rubens. El *desembarco de la Reina en Marse'la*, cuya copia ofrecemos á nuestros suscritores, demuestra bien el cúmulo de dificultades que tuvo que vencer el pintor, y el prodigioso talento con que salvaba todos los obstáculos.

DEL RENACIMIENTO LITERARIO.

ARTÍCULO 6.º

Si parece providencial el acrecimiento de haberse inventado el arte tipográfico, cuando la extraordinaria afición á los estudios hacia mas necesario hallar un medio rápido, fácil y económico de trasmitir las ideas y conocimientos, no es menos sorprendente, que la misma época que vió nacer el prodigioso invento, viese tambien la destrucción del imperio romano en Oriente; acontecimiento que influyó notablemente en la dirección que tomaron los estudios.

Conquistada Constantinopla por los otomanos que mandaba Mahomet II en 1453, despues de una vigorosa resistencia de cincuenta y tres días, determinaron muchos sabios griegos, animados por la buena acogida que habian tenido los profesores de su lengua en varias ciudades de Italia, refugiarse en aquel país, donde hallaron el mas cordial recibimiento y benévola hospitalidad. Los mas



Desembarco de la Reina de Francia en el puerto de Marsella.—Cuadro de Rubens

Ayuntamiento de Madrid

célebres de entre ellos eran: Demetrio Calcondila, Juan Argirópulo, Jorge de Trevisonda, Juan Andrónico Calisto, Constantino y Juan Lascaris, de estirpe real. Habían sido precedidos por los que vinieron al Concilio general, convocado en Ferrara por Eugenio IV, y trasladado el año siguiente á Florencia, á causa de la peste que se declaró en aquella ciudad, algunos de los cuales, entre ellos el cardenal Besarion y Jorge Gesmistio Plethon, se quedaron en Occidente, donde con sus esplicaciones difundieron el conocimiento de las obras de Platon. Recibieron estos con alborozo á los recién llegados, que venían á reanimar la afición á su autor favorito, y el espíritu de rivalidad que entonces se suscitó entre los partidarios de la filosofía platónica y de la aristotélica, produjo controversias, que fueron muy favorables á el progreso de las letras.

No entraremos en la cuestion hace poco tiempo suscitada, de si el nuevo giro que tomaron entonces los estudios, fue provechoso ó perjudicial á la literatura, porque ya en el primer artículo dejamos indicada, aunque ligeramente, nuestra opinion; pero si bien es cierto que aquellos fugitivos, no poseyendo otros bienes que su conocimiento de los clásicos, trataron de asegurar la importancia de estos, y con su influencia hicieron preponderar á los retóricos y gramáticos sobre los escritores originales, no debe hacerse responsables de que no se publicaran obras de tanto mérito, despues de su venida, como las que al principio de aquel siglo y en el anterior, habían producido Dante, Baccacio y Petrarca. Consistió esto en que la naturaleza no reproduce tan fácilmente en un siglo los hombres eminentes, como lo fue aquel triunvirato literario.

El dichoso mortal, á quien la providencia favorece dotándole de un ingenio creador y sublime, lanza los destellos de su inteligencia á pesar de cuantas trabas se le opongan, y llevado en alas de la inspiracion divina, se remonta y descuella sobre todos sus contemporáneos. Así es que no le impidió á Calderon ser el primer dramático de su siglo, el desarreglo escénico y el estravagante gusto Gongorino que dominaban en su tiempo; ni el despotismo receloso del conde-duque de Olivares pudo hacer enmudecer la musa atrevida de Quevedo; ni á J. J. Rousseau le estorbó la educacion descuidada que tuvo, para sobresalir sobre todos los filósofos y escritores del siglo pasado; ni á Napoleon Bonaparte en el presente, le fue óbice el haber nacido en modesta cuna, para llegarse á sentar en el primer trono de Europa. El génio todo lo allana, y si Torcuato Tasso hubiera nacido en la corte de Alfonso de Aragon, y oído las esplicaciones de Teodoro Gaza ó Pontano, no por eso hubiera dejado de ser el primer épico de Italia, como lo fue en la de Alfonso de Ferrara.

Gemistio Plethon fue el primero que enseñó la filosofía platónica en Florencia, y sus esplicaciones hicieron tal impresion en el ánimo de Cosme de Médicis, que asistía con asiduidad á ellas, que resolvió establecer como academia con el solo y esclusivo objeto de cultivar aquella filosofía nueva y de un género tan elevado. Con esta intencion eligió al jóven Marsilio Ficino, hijo de su médico, para ser el sosten del establecimiento que meditaba, á cuyo fin, segun cuenta el mismo Ficino, es el prefacio de su traduccion de las obras de Plotino, le hizo dar una educacion enteramente dirigida á que pudiera llenar el fin que se había propuesto. Impregnóse el alma del jóven con las máximas de los sábios de Grecia, y á medida que hacia progresos en el estudio, ampliaba este de las obras de Platon, á las de los sectarios mas distinguidos de la doctrina de este filósofo. No quedaron defrau-

dadas las esperanzas de Cosme; Ficino tradujo en latin con una fidelidad grande, las obras de Platon y las de Plotino, é hizo adquirir gran celebridad á la academia de Florencia, que fue la primera en abandonar el método escolástico, que estaba generalmente recibido entonces.

Verdad es que la doctrina sublime é ideal de Platon es tan poco apropiada á la observacion de los hechos de la vida comun, como las opiniones dogmáticas de Aristóteles; pero al introducirla se hizo un servicio importante á la causa de la libertad filosófica, porque dividiendo la atencion de los sábios, se despojó á la doctrina de Aristóteles del respeto servil, de la veneracion supersticiosa de que era objeto hacia mucho tiempo. En fin, despertando el espíritu de discusion, y llamándolo á nuevos asuntos, se abrió el camino que había de conducir á buscar las verdades que mas se avienen con los límites de la inteligencia humana. «Los libros publicados por los Griegos, dice M. Matter, (1) por mas pacíficos que fueran, escitaron los ánimos mas aun que sus enseñanzas. Dichos libros no contenian lecciones de Griego, sino la literatura y la filosofía mas bellas que se conocían en el mundo.... Rompieron el pacto de la religion y de la filosofía; separaron la moral de la política, y verificaron una doble emancipacion, sustituyendo á la autoridad la discusion, y el progreso á la inmutabilidad.»

El cisma filosófico que dividió á los refugiados de Bizancio y á sus discípulos en *neo-platónicos* y *neo-peripatéticos*, fue suscitado por Plethon con su libro *De Platónica atque Aristotélica philosophica Differentia*, en que atacaba á los segundos, contestáronle Teodoro Gaza y Genadio, que consideraba á los platónicos como anticristianos, salió á su defensa Miguel Apostolio, pero Jorge de Trevisonda, natural de Creta, y autor de muy malas traducciones, lanzó contra ellos un asqueroso libelo. Nombrado Besarion juez de la contienda, manifestó que Plethon emitia ideas exageradas, y reprochó sus ataques á Aristóteles, añadiendo: «Creedme y considerad, de aqui en adelante á Platon y Aristóteles como los hombres de eminente sabiduría. Seguidlos paso á paso, tomadles por guia, y medita sus escritos.... Admirad su saber profundo, y por efecto de un agradecimiento sumiso, tened siempre en cuenta los bienes que nos han proporcionado (2).»

Así se espresa aquel sabio príncipe de la Iglesia, con cuyo dictámen no pueden menos de convenir todos los hombres sensatos, por mas que los modernos *neo-católicos* se escandalicen de ver á un cardenal de los mas notables por su piedad y ciencia, que estuvo á pique de ser elevado al trono pontificio, defender á Aristóteles considerado por ellos como «padre del materialismo, y á Platon padre del comunismo y de otros sistemas detestables,» como llama Mr. Gaume á aquellos insignes filósofos. (3).

ARTÍCULO VII.

Habiendo manifestado ya los trabajos de los sábios italianos y griegos que contribuyeron principalmente á la restauracion de los estudios clásicos en el siglo XV, parece justo que como buenos españoles digamos algo de aquellos compatriotas nuestros que residiendo en la península italiana les ayudaron en su gloriosa empresa, y de los que difundieron las luces del saber en nuestra patria.

Naturalmente debería ocupar el primer lugar el magnánimo Alfonso de Aragon, rey de Nápoles;

(1) Historia de las doctrinas morales y políticas de los tres últimos siglos. Paris, 1836, 3 volúmenes en 8.º.

(2) Los baños de Viterbo, 19 de Mayo de 1462.

(3) La revolucion, 1.ª 4.ª pág. 365.

pero como anteriormente hemos hecho mérito de aquel ilustre soberano, elogiando como era debido sus servicios en pro de la literatura, solo diremos que á su muerte, acaecida en 1458, ocupó el trono su hijo natural Fernando, español tambien de nacimiento, y como él aficionado á las letras. Educado con el mayor esmero por los mejores maestros, escogidos por su augusto padre, no solo le imitó en la proteccion que dispensaba á los literatos, sino que él tambien lo fue, pues compuso un tomo de epístolas y oraciones. Déjase conocer el influjo que ejercerian para el progreso de la literatura en Italia, dos príncipes que contribuian para ello á un mismo tiempo con sus dones y ejemplo.

Las ciencias sagradas particularmente debieron su principal esplendor á los prelados españoles que residian en Italia, distinguiéndose en ella por su doctrina y sabiduría. Lustre del sacro colegio eran tres cardenales, de quienes Eneas Silvio, despues Papa Pio II, dice: «*Hodie quoquetres Hispania cardinales habet Joannem San Sixti Antonium Fuerdersem, et alterum Joannem San Angeli. Prioribus quasi duobus Theologiæ sapientiæ syderibus orbis Romano illustratur: tertium scientia juris nulli secundum putat* (1).»

El primero de estos insignes prelados era fray Juan de Torquemada, honra de su patria Valladolid, donde nació en 1388, y de la religion Dominicana, cuyo hábito vistió en el convento de San Pablo de la misma ciudad. Por la fama de su saber lo nombró el Papa Martin V en 1430, maestro del Sacro Palacio, en el cual brilló su ciencia mas de 30 años. Eugenio IV le envió al Concilio de Basilea en calidad de teólogo pontificio, con la misma; asistió al de Florencia, y tanto se distinguió en uno y otro, que mereció ser nombrado cardenal, con el título de San Sixto. Dejo de numerar las legaciones y destinos que desempeñó hasta su muerte, acaecida en 1468, así como sus obras, cuyo estenso catálogo puede verse en las bibliotecas de Echard y de D. Nicolás Antonio, citando únicamente la titulada *Expositio brevis super toto Psalterio*, porque solo en el siglo XV se hicieron de ella nueve ediciones, lo que prueba su mérito, y la gran aceptacion que mereció de los sábios.

Los otros dos fueron Antonio Cerdá, mallorquin, arzobispo de Mesina, llamado el cardenal Herdense, en cuyo elogio basta decir que Nicolás V le escogió entre los muchos literatos que atraía á su corte para maestro y director de sus estudios filosóficos, y que le elevó al cardenalato en el primer consistorio que celebró despues de haberse ceñido la tiara; y Juan de Carvajal, natural de Plasencia en Estremadura, cardenal de Sant-Angelo, tenido por el mejor canonista de su tiempo. Dióse á conocer en Roma como auditor de la Rota, y despues gobernador de la ciudad. Asistió al Concilio de Basilea, donde adquirió inmensa reputacion, y fue despues como el brazo derecho de la silla romana, pues desempeñó hasta 22 legaciones, que le confrieron sucesivamente los Papas, desde Eugenio IV hasta Paulo II. Murió en 1469, dejando tal fama, que el célebre cardenal Besarion, deseoso de perpetuar su memoria, le erigió un magnífico mausoleo en la iglesia de San Márcos, con una honrosa inscripcion.

Además de los tres citados cardenales, brillaron durante el siglo XV por su ciencia en Italia, otros muchos españoles, entre los cuales citaremos únicamente á los que dieron mas esplendor con sus escritos. Tales fueron el barcelonés Juan Casanova, fraile Dominico, maestro del Sacro Palacio, obispo de Bosa en Cerdeña, despues de El-

(1) Lib. 4.º *Comment in lib. Pont, etc., dict. de fact Alple.*

na en el Rosellon, y por último, cardenal nombrado por Eugenio IV, en premio de las obras que publicó en defensa de la Santa Sede. Juan Moles de Margarit, natural de Gerona, capellan de Nicolás V, que lo apreciaba mucho por su grande erudición sagrada y profana, elevado á la dignidad cardenalicia, por Sixto IV, y autor de un elegante tratado *De Optimo Principe*. Alfonso Tostado, natural de Madrigal, obispo de Avila, «varon eminente en santidad y doctrina,» como le llama el cardenal Belarmino, que fue la admiración de su tiempo. De edad de 22 años sabia con perfección las lenguas griega y hebrea, la filosofía, matemáticas, historia, derecho civil y canónico y teología, y á pesar de haber fallecido en la temprana edad de 40 años (el de 1454), dejó tan portentoso número de obras, que su facilidad para escribir llegó á ser proverbial, mercediendo se pusiera en su sepulcro el epitafio: *Hic stupor est mundi, qui scibile discutit omne*. Los dos cordobeses, Fernando y Roberto de Córdoba, el primero subdiácono del Papa Pío IV, diestrisimo en la pintura, en la música, danza y esgrima, murió en Roma el año de 1486, dejando muchas obras, entre ellas un tratado *De artificio omnis scivilis*; y el otro teólogo insigne, que escribió *Rationes super Friscianum*, M. S. en la biblioteca vaticana. Fray Gabriel Casafages, natural de Barcelona, Dominico, profesor de teología en Bolonia, inquisidor y regente de estudios en la Minerva de Roma, de cuya instruccion y escritos hace honorífica mencion la biblioteca de su orden. Rodrigo Fernandez de Santaella, natural de Carmona, que dió mucho lustre á su colegio de San Clemente de Bolonia, fundador del de Santa María de Jesus de Sevilla, llamado vulgarmente del Maese Rodrigo, escritor elegante; y por último, Antonio de Nebrija, de quien trataremos despues.

Tampoco debemos pasar en silencio la insigne honra que cupo á España por entonces, en que llegaron á ocupar el sôllo pontificio dos de sus hijos. El primero, Alfonso de Borja, que tomó el nombre de Calixto III; era natural de Valencia, y adquirió gran fama de canonista en la universidad de Lérida. El grande Alfonso de Aragon, que tan bien sabia distinguir y apreciar el mérito, le nombró su consultor, y le envió al Concilio de Basilea, donde dió relevantes pruebas de su ciencia, lo que, junto con otros señalados servicios que prestó á la Iglesia le acreditaron, hasta el punto de conseguir ceñir la tiara en competencia del esclarecido Besarion. Su sobrino, Rodrigo Lenzuol y Borja, tambien valenciano, llegó al mismo elevado puesto con el nombre de Alejandro VI; y si bien su conducta en la silla de San Pedro no fue la que correspondia tener el jefe de la Iglesia católica, no siendo de nuestro propósito el tratar de su moralidad, sino de su instruccion y saber, debemos contarle entre los protectores de los literatos. Sabido es que aquel Papa, á pesar de sus estragadas costumbres, dedicaba muchas horas á los estudios graves, que favorecia á los hombres de letras, y que sus estravíos no le impidieron escribir multitud de breves, llenos de celo y doctrina, con particularidad la carta que dirigió al archiduque Felipe de Austria, en defensa de los derechos de la Iglesia, y diferentes obras de derecho canónico, que publicó bajo el nombre de Rodrigo, obispo Portuense, además de la intitulada: *Clypens defensionis fidei S. R. Ecclesie*, impresa el año de 1497.

C. R. DE ARELLANO.

(Se continuará.)

A UNA ROSA MARCHITA.

MADRIGAL.

El aura matutina
Abrió tu cáliz, rosa purpurina;
Y el aura de la noche
Cerró tambien tu delicado broche.
Así, un día de Mayo,
Vi mecerse la dicha en lontananza;
Llegó la noche, y á su tibio rayo
Vi, como tu, marchita mi esperanza.
¡Ay, de la noche al día,
Va mucha diferencia, rosa mia!

CONSTANTINO GIL.

LA GRANJA DEL AMOR.

VIII.

(Continuacion.)

El día pasó no muy bien en la casa: Vicenta parecia de muy mal humor porque no veía á Pablo tan rendido y obsequioso con ella, como se presumia, que era debido á su mérito y belleza. Anita estaba alegre interiormente al ver la prudencia del jóven; pero si pensaba que no la conocia, que vivia siempre lejos, que era una pobre huérfana, no podia menos de entristecerse.

Por la tarde ya pudo Anita descubrir su rostro, sintiéndose mucho mejor. Pablo parecia no verla ni oirla.

A la noche Anita, retirada en su cuarto, cantó varias canciones, y tarareó algunas piezas; pero especialmente un wals, el mismo que habia bailado con Pablo el primer día que se vieron.

Pablo, reunido con la demás familia en una pieza inmediata, á nada atendia, parecia extraño á la conversacion, y solo oia con gran placer aquella voz, hasta que, notando esto Vicenta, fue á la habitacion de Anita, y la mandó que se callara.

Como era su costumbre, algo despues de esto, se dirigió Anita á casa de Antonia á prepararla cuanto pudiera necesitar. Pablo salió á su encuentro, y la preguntó con interés.

—¿Dónde vas?....

—A casa de la pobre Antonia, mi segunda madre, que hace dias está enferma, y no tiene á nadie mas que á mi.

—Pues si Vicenta me ha dicho que no hay aqui pobres.

—Hay bastantes, y quizá Vicenta no os lo haya querido decir para que no formeis mala idea del pueblo; pero ella tiene buen corazon, y los socorre.

—¿Qué la defiendes tú?.... ¿déjalo?.... ¿quieres que te acompañe?

Al llegar á la casa de Antonia entró para arreglar la cama, limpiar las habitaciones, preparar el fuego, y cuando salió despues de hecho todo, aun la esperaba Pablo, la acompañó de nuevo, y se despidió de ella deseándole buenas noches.

IX.

Del todo buena se sintió Anita á la mañana siguiente, y bien temprano dió principio como siempre alegremente á sus ocupaciones. Aquel día era el decisivo, Pablo debia declararse porque D. Felipe no queria que su hermana se espusiera mas tiempo á las habladurías de las gentes. Todo estaba dispuesto; algunos parientes y amigos del dueño de la casa vinieron á eso del mediodia, una gran comida estaba preparada, y Anita recibió la orden de ponerse los vestidos de los dias de fiesta. Medio moribunda por el dolor y la fatiga, subió á su cuarto, y empezó á vestirse; mas apenas se puso la pri-

mera prenda, un sentimiento de celestial alegría inundó su alma, era el traje que habia llevado puesto el día que bailó con aquel jóven, púsose el collar, regalo de su padre tambien, y por fin, bajó vestida, ni mas ni menos que como habia ido á la fiesta de C.....

—¿Por qué te vistes así? la dijo Vicenta irritada de el desvío de Pablo y de su tardanza. Una criada no debe llevar un collar como ese, quitá-telo pronto.

—No me lo quitaré, su padre me lo dió, y lo llevaba tambien cuando bailé con él en la boda de C.....

—Es decir, descarada, que despues de haberte recogido de limosna en esta casa quieres quitarme mi novio, mi prometido esposo.

—No le deis ese nombre aun, aguardad á que lo sea.

—Anita tiene razon, dijo una vieja que allí se hallaba, no debe llamarse al niño por su nombre hasta despues que se le bautice, porque sino hay riesgos de que se muera.

Al oir esta observacion supersticiosa de la vieja, Anita no pudo contener una ligera sonrisa, Vicenta fuera de sí, gritó.—¿De qué te ríes andrajosa? aguarda, voy á enseñarte á que te burles de mi, toma..... y arrojándola en tierra, la dió varios golpes.

—Dejadme, perdon os pido, me encerraré en mi cuarto donde nadie me vea, decia la atemorizada Anita..... No hubo tiempo para mas, Vicenta la dejó bien pronto porque sin saber cómo ni de donde, Pablo apareció, pálido como la muerte, sombrío, mordiéndose los lábios, tendió una mano protectora á Anita, y al fin exclamó.

—¿Eres tú, verdaderamente eres tú? ¿eres tú la preciosa niña del baile de C....? ¿Te hallas en esta casa, y así es como te tratan?.... di una palabra, una sola.

—¡Pablo!..... fue lo único que dijo Anita, ó mas bien el gritó que salió de su alma.

El la levantó, le estrechó entre sus brazos con delirio, y añadió:

—Ahora todo es ya claro para mí, sé donde estoy, y lo que quiero, tu vendrás conmigo, eres mia, serás mi esposa, ¿quieres?....

Una alegría como la que debe iluminar el semblante de los ángeles, animó el bello rostro de la huérfana, que prorumpió en profundos suspiros. Todos los que á la sazón se hallaban en la casa, rodearon á tan interesante pareja, admirados de lo que veian, y en este mismo tiempo llegó D. Felipe preguntando,—¿Qué sucede en mi casa, qué pasa, y qué ruido es este?.... y enterado bien pronto, de todo, con descompuesto é iracundo tono, dijo á Pablo.

—Llévate al punto á esa gran señora, pronto, pronto, lejos de mi vista.

—Es inútil que lo repitais tanto, se hará como deseais. Os debo una buena acogida en vuestra casa, os corresponderé si algun día quereis visitar la mia, y dirigiéndose á Anita, vente, ¿quieres venir conmigo?.... ¿quieres ser mia para siempre? dílo pronto, aquí hay no pocos testigos, consiente en ello, y la muerte tan solo podrá separarnos.

—Sí..... articuló Anita, y la muerte solo nos separará, y se arrojó en sus brazos.

Pablo estrechó entre sus dos manos aquella preciosa cabeza, y depositando un casto beso en su frente, exclamó.—¡Dios mio, cuán feliz va á ser mi madre!

—Llévate tus trapos y cuanto tengas, y que no quede rastro tuyo en la casa, dijo fuera de sí D. Felipe.

—Se hará muy pronto, contestó Pablo, subiéndole con Anita á su cuarto, en donde bien pron-

to hicieron un pequeño lio con los pocos vestidos y demás objetos de su ajuar, así como con sus libros y primeros escritos que halló Pablo, y recogió con gran alegría, recordando en aquel momento una de las muchas prevenciones que le había hecho su madre. Aspiró Anita el aroma de sus queridas flores para despedirse de ellas, y bajó con Pablo. Al abandonar para siempre aquella casa.—Quiera Dios, dijo, recompensar todo el bien, y perdonar el mal que he recibido en ella.

La luna iluminaba las calles de la villa con su plateada luz, los amantes asidos de la mano marchaban ébrios de contento.

—No quisiera ir á la posada, dijo Anita.

—Yo desearia que marcháramos al punto á casa de mis padres, respondió Pablo, ¿qué quieres hacer ya aquí?....

—Ante todo tengo que ver y cuidar á la pobre Antonia, que ha sido para mí una madre, y que está enferma. He hecho mal en olvidarla todo el día. Ven, y la veremos juntos.

Entraron en la casa, y Anita gritó, Antonia, mi buena Antonia, alegras conmigo, y bendecidme, mirad aquí á Pablo, mi amigo, mi protector.

—Qué dices querida niña, contestó apenas la anciana, inclinándose en su lecho, quisiera veros, y mis ojos se empañan, dadme vuestras manos, que Dios os bendiga..... como yo..... se lo ruego. No dijo mas, y una imperceptible convulsión acabó para siempre su precaria existencia.

—¡Ha muerto! exclamó Anita deshecha en lágrimas, y cayó de rodillas estrechando y besando la mano de la anciana.

X

A duras penas, y despues de mil súplicas, pudo Pablo separarla de allí, prometiéndola que él encargaria que se tributaran á la anciana los últimos homenajes de los muertos.

—Y ahora, añadió, nos pondremos en camino inmediatamente, pues aquí no tenemos mas que dolorosos recuerdos.

—Perdóname, Pablo, haberte dado tan triste espectáculo: pero yo doy gracias á Dios por haberme permitido cumplir hasta el último momento mis deberes para con Antonia. Ahora quiero ser para tí la mas complaciente de las desposadas.

—Hablas siempre con una prudencia que me encanta, en todo tienes razon. Ven, marchemos, ¿quieres subir en mi caballo blanco?

¿Es el mismo que llevabas el día de la fiesta de C.....

—El mismo, apóyate en mi pie, dijo el jóven estando ya á caballo, dame las dos manos, así, muy bien. Anita subió ligera, y empezaron á caminar silenciosamente hasta estar fuera de la villa. Al pasar por delante de la fuente de la Virgen, Anita refirió á Pablo el encuentro que tuvo con su padre, y el regalo que este la había hecho, lo que miraron ambos como un buen presagio.

—Hemos bailado juntos, ¿quieres que cantemos juntos tambien?..... le dijo á ella. Y á la vez entonaron varias canciones impregnadas de esa poesía que rebosa de los corazones cuando la felicidad reside en ellos.

El eco repetia alegremente las voces de los dos amantes, que no dejaron de recordar tambien los sonidos de la música en aquel día en que por vez primera se vieron.

La aurora derramaba su trasparente claridad por los espacios, cuando los dos viajeros notaron que no era muy regular su modo de viajar, y que sobre todo, al pasar por el inmediato pueblo de C..... habia de extrañarse por la gente, se apearon, y cogidos de la mano siguieron andando, como si fueran dos hermanos. Cada vez que se miraban sus rostros resplandecian de inefable alegría; pero era fácil adivinar que algun pensamiento les preocupaba.

—Pablo rompió el silencio, quizá decia, hemos sido unos atolondrados, hubiéramos debido obrar con mas calma y prudencia, escribir á mis padres, y avisarles de todo; pero sabes lo que digo, que en nuestras circunstancias, y con lo que ha pasado, no era posible proceder de otra manera, y así no me arrepiento, y tú, ¿estás pesarosa?.....

—No por cierto. Quisiera saber si tienes mucha habilidad para adivinar enigmas. Dime, mas blanco que la nieve, mas verde que el tierno cespèd, mas negro que el carbon, ¿qué es?

—La flor del cerezo, blanca cuando se abre, verde cuando se cierra, y negra cuando madura el fruto.

—¿Y qué rey no tiene trono? ¿qué criado hay sin salario?

—El rey de espadas, y el tirabotas.

—¿Qué fuego no dá calor, y qué cuchillo no tiene punta?

—Un fuego que se apaga, y un cuchillo roto.

—¿Y qué es dime una cosa que tiene cuello y no cabeza? ¿qué es lo que sabe bien sin sal ni azúcar?

—La botella, mi bien, y un beso de tu boca, que es sabroso sin tener ni sal ni azúcar.

Llegaron al pueblo, y se detuvieron en la primera posada á descansar y tomar algun alimento. Despues de almorzar juntos, Anita se levantó, y mirándose á un pequeño espejo,

—¿Es posible que sea yo, es posible que sea la misma, yo no me conozco? exclamó.

—Pues yo sí, la dijo Pablo, eres la huérfana de la villa de A..... mi bella Anita, y pronto has de ser la dueña y señora de la Granja del Amor.

—¿Es posible que eso se realice alguna vez? ¿será un sueño todo lo que me sucede?.....

—A no dudarlo que así será, aunque nos restan que vencer algunas dificultades; pero deja todo á mi cuidado, y ahora puesto que estarás fatigada,

procura descansar porque no está bien que de día te lleve en mi caballo.

—No podré dormir, te esperaré pensando en tí, ¿no tardarás?....

Pabló salió, y Anita siguió sus pasos con la vista todo el tiempo que pudo, cuando regresó, le dijo.

—Que larga me ha parecido tu ausencia, otra vez que salgas me llevarás contigo, ¿no es verdad que lo harás así?.....

—¿Pues qué estabas inquieta, pensabas que me habia marchado sin tí?.....

Anita, con una seriedad que hubiera parecido imposible en su jovial carácter, y que daba cierto grave encanto á su lindo rostro, le dijo,

—Ya sé y comprendo que quieres chancearte conmigo; pero no me gusta esa chanza que me has hecho mal, y tu mismo te haces muy poco favor al decirme eso aun de broma. En cualquiera otra nada me importaria esto; pero en tí, sí, porque quiero que aparezcas á mis ojos sin una falta, que seas para mí el mejor de todos.

—Tienes razon, perdóname, ¿no te gustan las chanzas?

—Sí, y ya tu lo verás; pero no como la de antes y ahora, ya no nos acordemos mas de eso, le dijo tendiéndole su mano.

Pablo estrechó con trasporte aquella mano, comprendió que habia estado algo ligero, Anita sentia haberse manifestado algo severa, y los dos comprendieron cuán prudentes y comedidos debian ser en lo sucesivo. Un buen carruaje vino á buscarlos, y á su vista Anita sintió todo la alegría de un niño, subiendo á él con Pablo, le dijo.—Creerás que el posadero me ha tenido por tu esposa.

—Y lo serás, pues te lo he prometido ante Dios, y ante los hombres. ¡Oh! madre mia, que gozo vais á tener al ver reunidas en mi prometida todas las prendas que tanto me recomendó. ¡Que alma tan hermosa has manifestado cuando há poco me reprendias con tan graciosa seriedad! Cuantas veces veia Pablo á algun viajero en el camino, ceñia el talle de Anita con su brazo, y gritaba.—Mirad á mi pequeña y bella esposa.

PEDRO MORENO VILLENA.

(Se continuará.)

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: *Pedro Mesonero.*

Imprenta de *El Avisador*, á cargo de J. Peidró.

ALMANAQUE ILUSTRADO PARA 1866.

La empresa de *La Ilustracion Popular* nos ha cedido el *Almanaque* que ha dado á luz para los suscritores de *El Museo*, á razon de real y medio, y para los no suscritores á 2 rs.

Contiene multitud de caricaturas, artículos y poesías.

Recomendamos eficazmente su adquisicion.